

## ¿Qué es soberanía? muerto.com

Abordando el tema al vuelo, la pregunta que nos compete esta vez, aparentemente es más sencilla de responder (al menos, a sabiendas de que ésta pregunta ya se la habrán planteado varios filosofantes y que, no sin una malsana fe, creamos que de sus respuestas algo en claro podamos sacar). La tradición filosófica Ilustrada es la más extendida, nos dice, parafraseando a Kant, que ser soberano es servirse del entendimiento que nos es propio. A grandes rasgos: pensar por nosotros mismos.

Y aunque la tradición quiera ofrecernos un sólido suelo donde pisar con fuerza para resolver esta cuestión, no podemos menos que dejar caer todo el peso de la duda, en el paradójico designio de llegar al último rincón de ese servicio del entendimiento (para acaso servirnos mejor dél).

Lo primero que se nos hace evidente es que, al menos desde el punto de vista moderno, para que haya un servicio, tiene que haber un 'sujeto' que se apropie de semejante acción. En otras palabras, que para que haya un correcto uso del entendimiento, tiene que haber alguien que entienda, y ese alguien sólo puede ser el 'sujeto', el 'yo'.

Ante semejante obviedad podemos atrevernos a esbozar una sonrisa de burla (al fin y al cabo este descubrimiento es propio de un niño); pero si miramos con más detenimiento hacia atrás, las cosas pueden volverse un poco más inestables.

Puesto que realmente se tienen que conjurar potencias bien distintas y poderosas, para que comencemos a hablar propiamente de un 'sujeto' en la literatura antigua.

Platón concibe al alma inmortal no por un capricho del ego, o alguna herencia, simple y lineal, de alguna teogonía órfica, sino por razones esencialmente epistemológicas. Si Platón necesita que el alma sea inmortal es porque necesita que el alma pueda ser reconocida como el órgano fundamental del conocimiento. De esta manera, el alma que ya ha visto todas las cosas en el *topos hiper uranos*, o el Mundo de las Ideas, puede conocer las cosas a pesar de la materialidad y multiplicidad de éstas.

Aristóteles sólo agranda el problema en *De anima*, III, 5, donde divide al Intelecto (función preeminente del tipo de alma que tienen los hombres) en activo y pasivo. Último de los cuales se haya en potencia y es recibido por el hombre al momento de su nacimiento, y es este Intelecto lo único que se puede llamar propiamente impercedero en el alma.

Y aunque estos datos no nos sirven del todo para problematizar en profundidad la relación 'sujeto/entendimiento' (o 'yo/pensamiento') de la que pudiéramos extraer la soberanía; sí nos sirven para ver de que el problema del conocimiento siempre ha sido la piedra de toque del reconocer los límites propios de los que nos constituye.

Es decir, cuando preguntamos ¿qué puedo conocer? (pregunta sobradamente kantiana), y Platón responde: 'Lo que tu alma inmortal haya visto en el Mundo de las Ideas', quiere decir que el 'sujeto' es el lugar a donde van a depositarse todo ese almacén de conocimiento. No sólo eso, sino que en el *Alcibíades*, el mismo Platón pone en boca de Sócrates que el 'sí mismo' –es decir, yo mismo, el que actúa (en este caso, el que elige)- es el alma. Una cosa que parecería obvio a los ojos de un cristiano, que uno sea el alma, y que viene de lejos (desde el ofismo, pitagorismo, platonismo, neoplatonismo, estoicismo, epicureismo, hasta llegar a San Agustín y toda la basca que le sigue), y que más tarde pasó a ser el 'yo' del que nos hablan los psicólogos y psicoanalistas.

Así pues, si el alma es el 'sí mismo' de uno, como quien dice 'yo' y si ahondamos en la psicología platónica, que nos dice que explica los sentidos y las sensaciones del cuerpo por medio del mito de la creación del hombre en el *Timeo*, nos viene a decir, más o menos, que los dioses al fabricar al hombre le pusieron una parte del fuego divino en los ojos con el que todas las cosas se hacen y así poder ver la realidad... Es decir que no contempla, p.e. una mesa o un libro, sino de someterse a la visión que ese fuego (desde dentro de sus ojos) le ofrece de la verdadera imagen del libro o la mesa.

Lo que quiere decir que la libertad justamente se entiende como un sometimiento a la imagen que nos ofrece el fuego divino... de la misma manera que en la actualidad la 'libertad' es el sometimiento del hombre a su deseo, a su elección...

Esto se puede registrar a lo largo de toda la filosofía latina (e incluso islámica). Por ejemplo cuando Cicerón y Séneca nombran a las disciplinas liberales (que toman de la *República* de Platón que a su vez lo toma de la tradición pitagórica) les llaman 'liberales' porque son las únicas artes que pueden hacer libre al hombre y que pasaron a formar el *trivium* y *quadrivium* en la Edad Media (estas ciencias son particularmente las matemáticas y la retórica, descompuestas en sus distintas ramas).

Pero lo interesante es que esa libertad no es sino la manera en que los hombres se adecuan a la verdad que se les revela en la astronomía y la matemática; la libertad es justamente la medida en que nos dejamos hechizar por la Verdad. Y la Verdad no es sino el espejo en el que Dios se nos revela, o que por lo menos, la verdad convoca todas las fuerzas divinas (y políticas) y se nos impone con el peso de una fuerza necesaria. Algo así como la parábola que se atribuye a Zenón y Crisipo que decía que la libertad es como un perro que atado a un carro avanza y camina junto a él, y la esclavitud el intentar resistirse (aunque de todas formas el perro se moverá).

El imperativo en la modernidad sigue siendo el mismo. El sujeto anda en busca de la soberanía que no es otra cosa que ‘andar con ese carro’ que de todas formas se moverá. Quizá nadie haya entendido mejor esa implicación que el Marqués de Sade, que entiende que la absoluta soberanía es la transformación del deseo en monstruosidad. Quiero decir que la soberanía sólo se alcanza en el momento en que el cuerpo se deja llevar a los confines en donde el individuo, paradójicamente, desaparece y sólo subyace la corporeidad orquestada de las orgías que tienen que ver más con la fuerza con la que crece la hierba o el pelo púbico que con una decisión teleológica y basada en el deseo.

Por ello la pretensión de Descartes es absolutamente novedosa y absolutamente falsa; o por lo menos lo suficientemente dudosa que nos haga desconfiar de todo su sistema. Porque cuando nos dice que su verdad comienza desde el punto de que “porque pienso, existo”; nos intenta engañar con una ingenuidad gramatical que nos puede hacer perder de vista que lo que está haciendo es apropiarse políticamente del ‘yo’ sobre el pensamiento que, bien mirado, nada tiene que ver con el hecho de que haya o no pensamiento, con el hecho de que ese pensamiento puede acaso venir de mí mismo, que sea mío o que guarde cualquier otro tipo de relación conmigo.

Obviamente semejante relación no puede dejar de resultarnos sospechosa: por un lado, yo (mi alma) es un caso entre las cosas y como tales tiene algo que las determina, es decir que tiene esencia y me hace, a través de ella, ser quien soy; por otro lado en razón de esa verdad se despeja ese caso de cosa y se convierte en la cosa más Principal y verdadera. Con potestad política tal que podemos decidir (y se decide conforme a esa verdad que somos) a quién votar o acaso qué libro leer. Y decimos, sí, semejante decisión viene de mí y por ello es soberana.

Aunque, por supuesto esa soberanía no es sino fidelidad. Fidelidad a la esencia de uno que sólo puede ser tradición y que a la misma vez entra en nosotros como un sometimiento a aquello que creemos elegir y que en realidad no es sino una profunda trampa que no acaba sino consumada en la individualidad y la compra de productos que 'elige' o los políticos que 'vota'.

El malestar del elegir puede rastrearse perfectamente en la esquizofrenia. Aunque el lenguaje que los psicólogos han creado para estimarla es un profundo error y fácilmente se puede entender como la voluntad proxeneta de entregar el dolor humano a las manos mismas del poder:

Al explicarnos a rostros mismos en términos de inconsciente/yo/superyo u otro/yo/yo-ideal, de lo que se trata es siempre de neutralizar las fuerza políticas que nos vienen, tanto desde afuera (que implicaría la educación, la moral, la enseñanza, los ideales impuestos por la costumbre, cultura, etc.), así como de un 'afuera' difuso (inconsciente, otro, la libido reprimida, etc.) pero todo ello para mantener a ese estandarte medio (síntesis hegeliana) del 'yo'. Sin embargo, nada aclaran los psicólogos que puede haber de distinto en un acto (tal como votar o comprar un libro) dictado por el 'yo-ideal' o el 'otro' o por 'sí mismo'.

El problema, en resumidas cuentas, es: para que exista soberanía tiene que haber alguien que sea soberano y en el momento en que así se siente uno, cabe preguntarse: ¿Debo continuar con mi búsqueda de soberanía, o acaso conformarme con 'saberme' soberano?

Sin deuda muchas dudas deben de azotarnos al declararnos soberanos en una sociedad como esta en la que, mal que bien, se tiene que ser sumiso a la hora de producir y de consumir, así que la propia soberanía tiene que ser puesta en el centro de la crítica, ya que es ella la que, de alguna u otra manera, da fe y legitimación a este

sistema democrático en el que vivimos: haciéndonos creer que elegimos un tenedor desechable, un bestseller o un candidato político (o acaso un empleo o vocación), cuando en realidad sólo se nos está orillando a ello.

La pregunta, más sintéticamente, sería: Para ser soberanos, ¿tendríamos que ser soberanos de 'esta' soberanía? Soberanía del elegir, soberanía positiva que consiste en desocultar al 'yo' de tal manera que se convierta en un artículo más, como puede ser un tenedor o un libro, y que en el fondo su individualidad sea la forma más perfecta y redonda de la masa... (La materia –masa- para serlo, ciertamente necesita de átomos –individuos-).

El movimiento fundamental de la soberanía es la crítica y de este modo su perfección es la voluntad de traición a la fe, una voluntad de no creer en nada. Cuando el individuo (acaso 'yo') me convierto en el centro neurálgico de la fe, se deja de ser soberano; el tiempo queda anclado en la ciega tradición de que 'yo' poseo un nombre, una imagen, unos gustos, una filiación política, un autor favorito y hasta una inclinación por determinados tenedores desechables. Acabar con esa fe es necesario para ser soberano.

Pero esa crítica y esa fe no pueden sino ser infinitas. Puesto que la crítica también es susceptible de ser criticada y esa es quizá la aporía fundamental que retrata perfectamente la infinitud de la batalla contra Dios (es decir, contra toda verdad que nos ate políticamente) y en busca de la libertad, esta aporía podría resumirse:

¿En quién sino en Dios se justifica la voluntad de ser ateo?